



Buenos Aires, septiembre de 2018

Circular N° 585

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos parte del contenido de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Herman Ernst.

“Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían.”

(Lucas 24: 27)

El contexto de este pasaje que hemos leído se encuadra cuando los discípulos iban camino a Emmaús. Estaban desconcertados por lo que había acontecido; hasta allí, eran testigos de que había prevalecido la maldad del hombre; Jesús había sido juzgado y condenado injustamente. Aquel que se había proclamado Hijo de Dios, el Mesías anunciado, estaba muerto, víctima de la saña de sus semejantes, murió indefenso. Apenas podemos imaginar cuánto dolor, desilusión y desazón habría en los corazones de estos discípulos.

En esos momentos de profunda angustia se presenta el Señor caminando a su lado mientras hablaban consternados acerca de lo acontecido; en los versículos anteriores dice:

“...mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos. Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen. Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? Respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días? Entonces él les dijo: ¿Qué cosas? ...” (versículos 15-19).

Ellos estaban tristes, se sentían defraudados; pero algo de fe quedaba.

“Y ellos le dijeron: De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo...”

Por eso ahora estaba el Señor mismo caminando junto a ellos a lo largo del camino, no solamente haciéndoles compañía, sino brindándoles consuelo. Sin darse cuenta estaban recibiendo consuelo divino. Sabemos que Dios se detiene ante nuestra voluntad y muchas veces necesitando ayuda no estamos dispuestos a aceptarla. Aun así, nuestra fe es fundamental, aunque pudiésemos asumir que nos queda muy poca, de ese poco de fe, - como dice en Hebreos 11: 6-: “...sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay”. El Señor se agrada y brinda su ayuda. Aunque sólo nos quedara “creer que le hay” ya se produce el espacio para el acompañamiento de nuestro Señor, que nos permite experimentar que es omnipotente, que es un Dios de amor; que nos conoce profundamente y nos ama tal como somos, en su amor está mirando para darnos todo lo que necesitamos para acceder al más grande de todos los bienes: la vida eterna.



Es necesario entonces que “el que se acerca a Dios crea que le hay” y que: “es galardonador de los que le buscan”. Estos hombres habían dejado de buscarlo, no esperaron más en Jerusalén, pero sobre ese poco de fe, nuestro Señor construyó el encuentro que cambió su desazón en entusiasmo ferviente, lo que los llevó de regreso a Jerusalén, donde volvieron a tener un encuentro con Él en el que se presentó brindándoles su paz (versículos 35 y 36), la paz del que venció al mundo (Juan 16:33).

A nosotros también nos puede suceder que muchas veces, bajo las circunstancias de estos tiempos, bajo las situaciones que vivimos y de las que somos testigos, nos sintamos desconcertados. Más de una vez hemos hecho la experiencia de que oramos intensamente, nos esforzamos por vivir según el Evangelio y, sin embargo, las cosas van de mal en peor. Otras, nos ha sucedido que tras mucho sufrir y habiendo cambiado lo que interpretamos que debíamos cambiar en nuestra postura, en nuestros sentimientos, la situación aún permanecía invariable, pero sin darnos cuenta el Señor ya estaba a nuestro lado caminando junto a nosotros.

Estableciendo un diálogo en lo profundo de nuestra alma, sin palabras, nos interpeló en nuestro corazón acerca de a qué sentimientos habíamos dado lugar y nos iluminó el corazón. Así como a sus discípulos les explicó que era necesario que todo aconteciese de esa manera. El Señor en su amor nos deja ver el proceso, que en la perseverancia de la fe, siendo fieles a Cristo, vamos haciendo en pos de nuestra salvación. No debemos desfallecer, no podemos claudicar. Así, la decepción se vuelve esperanza y el desconcierto se transforma certeza pura de que el Señor es quien gobierna su Iglesia y por ella y en ella nos conduce a la eterna comunión con Él. Nos podría suceder como a los discípulos, que en primera instancia no reconocieron quién era su compañero de camino. Muchas veces nuestra conciencia no percibe el momento espiritual que estamos viviendo, que el Señor camina a nuestro lado y nos habla a través de interlocutores inimaginables, que hacen “arder” nuestro corazón.

¿Y si nos tomamos un tiempo para mirar el derrotero de nuestras vidas? En momentos difíciles que debimos pasar, situaciones que nos ahogaban, ¡cuánto amor hemos experimentado de nuestro Señor, Él mismo caminando a nuestro lado! No podía ser de otra manera, ¡no podía ser otro más que Él mismo! Qué hermoso que ha sido contar con su presencia siempre, cómo mudó una y otra vez nuestro desasosiego en bienaventuranza.

Dice también en el texto que Cristo “les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. También nosotros podemos disfrutar de lo que Dios nos ha revelado a través de las Sagradas Escrituras. El pueblo judío era versado, tenía vasto conocimiento de las Escrituras, sin embargo Jesús les preguntó: ¿No sabéis lo que dicen las Escrituras? (Mt.21:42). Sabía que las conocían, que las habían leído, pero también que se habían dejado llevar por el intelecto, que las interpretaban según la razón, desestimando cuál sería el propósito de Dios. Nosotros tenemos la gracia de ser portadores del don del Espíritu Santo, cuando el Señor nos habla entendemos perfectamente lo que nos quiere decir, entendemos sus caminos y nuestro corazón se colma de alabanza porque sabemos que esa vivencia es producto de la gracia.

Pero debemos tener cuidado, no nos podemos descansar en esto, porque Dios nos llamó para que tras su venida conformemos el Sacerdocio Real y le sirvamos, es parte de nuestra preparación aprender a servirlo en nuestro paso por la tierra. Lo hacemos dando lugar al don que poseemos, reflexionando, orando profundamente, leyendo las Escrituras, disfrutando plenamente de cada Servicio Divino, una fuente de consuelo que promueve la eficacia de la prédica en nuestros corazones (Hch. 17:11). Y así, gocémonos una y otra vez de lo evidente y grandioso del proceder divino. Ello aviva nuestro compromiso de renunciar al pecado y nos impulsa a invitar a las almas a que lo puedan hacer también, no a través de



la razón, por convencimiento o por conveniencia, no por simple obediencia, sino por el gozo de reconocer el amor del Señor y nuestra necesidad de corresponderlo.

Ese gozo en el Señor es nuestra fortaleza (Nehemías 8:10). Lo debemos alentar siempre porque ser fieles a Cristo es un camino que está lleno de sacrificios. La pregunta es hasta qué punto estamos dispuestos a hacerlo. Un día dijimos que sí, que aceptábamos el compromiso. Pero hoy, ¿estamos aún dispuestos al sacrificio sin límites, de la misma forma que por amor lo hizo el Señor? Él nos lo advirtió: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (comparar con Lc 9: 23; Mt 16:24; Mr 8: 34). Vale la pena todo sacrificio, todo esfuerzo; en la eternidad viviremos con Dios en su presencia (Ap. 21:3).

No renunciemos a la vocación a la que fuimos llamados. Sirvamos a Dios y los hombres, sin reparos. En la parábola del sembrador se mencionan los distintos lugares en los que podemos dejar caer una semilla: junto al camino, entre las piedras, los espinos y en buena tierra. Nuestro envío es el de ser testigos de Cristo hasta lo último de la tierra, es decir que no nos corresponde elegir dónde sembrar, el Señor puede transformar las piedras en tierra fértil, los espinos en suelo apto, así como transformó el corazón de los discípulos que iban camino a Emmaús. Con su envío caminemos al lado de nuestros semejantes y prestémonos como herramientas en las manos de Jesús. El Espíritu Santo por su don en nuestras almas les permitirá ver lo que hasta ahora les ha quedado vedado, lo que los Apóstoles nos revelan, los misterios de Dios (1 Co. 4:1) y así podrán cambiar el rumbo de su caminar hacia la Jerusalén celestial.

No claudiquemos en nuestro esfuerzo, Dios tiene grandes expectativas para con cada uno de nosotros. Si no, no seguiríamos disfrutando de su gracia aún hoy. Pero recordemos que su plan de salvación tiene diferentes etapas ¡y la gracia que nos toca es hoy! La venida de Cristo se acerca, aprovechemos la oportunidad que nos ha sido dada y colmemos las expectativas de Dios para con nosotros. Este es el gran tesoro que tenemos, vivamos cada día en pos de Él.

* * *